

rach que corta de un modo extraño los eslabones rectilíneos del borde meridional de las Corbieres. Las capas están allí situadas en sentido contrario al orden normal de superposición, y este fenómeno, cuyos ejemplos son numerosos en Provenza, se manifiesta aquí por análogas sorpresas. Cimas de apariencia alpina álzanse bruscamente sobre relieves de curso continuo y mediana altura y denuncian, en medio de regiones aparentemente poco trastornadas, una intensidad inesperada de los fenómenos de plegamiento.

Estas señales nos guían al través de apariencias contrarias. La plataforma que con el nombre de golfo de Lyon cubre una transgresión marina de escasa profundidad, no interrumpe en realidad las relaciones de estructura entre las cordilleras provenzales y las pirenaicas. El Bajo Langüedoc está formado según el mismo plano que la Baja Provenza; su historia geológica pertenece en parte á la del valle del Ródano, y como en éste, el lecho de los actuales ríos, Vidourle, Herault y Orb, ha sido abierto por abarrancamiento en las molasas miocenas.

Estos valles, por una nueva analogía, fueron invadidos por el mar plioceno, y finalmente enormes arrastres de cantos rodados han señalado igualmente el fin de la era pliocena y el comienzo de la actual. Estas vicisitudes geológicas se leen en la naturaleza y en el aspecto de los terrenos: así como las mesetas calizas de edad jurásica sólo presentan superficies desiertas en donde impera la *garigue* (erial), á las calizas marinas de edad miocena debe la región las piedras blandas y que se endurecen al aire, que alegran con sus cinceladuras las fachadas de Montpellier, y á las margas de la misma edad son debidas las tierras fuertes en donde crecen los mejores viñedos. En la *Coustiere*, talud que se extiende al borde de las antiguas terrazas fluviales, encontramos en medio de las viñas las antiguas ciudades.

En otro tiempo el Langüedoc tenía también esas escotaduras del litoral que hoy envidia á la Provenza; pero las playas se ciegan y si aquél ha conservado algo de las pronunciadas eminencias de relieve de ésta, en cambio ha perdido las articulaciones costeras que completaban la semejanza. El trabajo del mar y de las aguas interiores está en vías de regularizar los perfiles, de colmar las lagunas, de prolongar las flechas de arena, y los islotes montañosos han sido conglobados por los progresos de las riberas; esto no obstante, todavía podemos figurarnos sin gran esfuerzo el aspecto que estas costas debieron ofrecer á los fenicios y á los griegos. Narbona no dejó de ser puerto hasta después del siglo XIV, y la actividad de las pesquerías alrededor de Certe y en los estanques de Than y de Sijeau es una supervivencia de la antigua vida litoral. Entre las causas precoces de agrupación de los hombres es preciso contar la abundancia y las facilidades de alimentación que proporcionan esos depósitos naturales de peces y de «frutos» de mar. El litoral italiano, desde Tarento hasta Aquilea, abunda en ejemplos de esta vida de pesca que persiste, al través de los siglos, en los estanques ó lagunas; una vida análoga se desarrolló en la serie de lagunas que se extiende al borde del golfo de Lyon desde el Ródano hasta los Pirineos, y aunque con el tiempo ha ido disminuyendo, se ha conservado cuando todo cambiaba en torno suyo.

El contacto del Mediterráneo no basta, sin embargo, para explicar el papel de la ciudad arzobispal de Narbona; en ella entrecruzánse además algunas relaciones terrestres, de las cuales unas proceden de los Pirineos, casi borrados en el Pertús, y atraviesan, para desembocar en el Langüedoc, el estrecho pasaje entre las Corbieres y el mar, especie de Termópilas sobre las que vigilaba el castillo de Salses, y las otras vienen del Garona y de la Aquitania, siendo éstas las que prevalecen en la economía general de nuestro país. Narbona domina, en efecto, por esta vía una de las extremidades de lo que Estrabón llamaba el istmo galo.

Cuando se han atravesado las llanuras bajas sembradas de restos de estanques y hoy cubiertas de viñedos, que se extienden al Oeste de Narbona, se encuentra el verdadero límite de la zona mediterránea en el desfiladero comprendido entre las grises y desnudas cimas del monte Alaric y las colinas del Minervois. Desde entonces cambia la estructura como cambian el clima y la vegetación: al Norte, la Montaña Negra va desarrollando pesadamente cumbres de esquistos y de gneis, de laderas convexas y cortadas por algunos barrancos poblados de bosques; en cambio, al Sur se extiende una serie de eminencias de arcilla ó de asperón, despojos arrancados á los Pirineos cuyas aéreas siluetas se alzan en último término. Este marco encierra una larga llanura en la cual se reconoce fácilmente un tipo análogo á las depresiones que hemos encontrado entre los Alpes y los Cevenas, un surco producido por el contacto de una zona de plegamiento y de una cordillera de resistencia.

El Aude, que en Carcasona encuentra este surco, tuerce allí bruscamente hacia el Este y continúa estando limitado al Norte por la cortina de la Montaña Negra hasta Castelnaudary; pero en este punto desaparecen las cumbres que hasta entonces y en una extensión de 60 kilómetros se habían ofrecido á la vista y en Saint-Felix ábrese lateralmente una especie de boquete hacia el País albigense. El aspecto despejado de la topografía y sobre todo la existencia de una serie de terromonteros calizos y de almendrillas de cortes bien marcados, todo denuncia una acción poderosa de las aguas, cuyo origen sólo puede ser atribuído á la cordillera primaria de la Montaña Negra, en la época del despertamiento orogénico que reavivó su relieve, es decir, en la época terciaria.

Mas entre esas huellas innegables de denudación inútilmente se buscaría un río digno de la obra torrencial que el suelo indica. El aspecto actual de la hidrografía es para desconcertar á cualquiera. Diríase que ha habido un período durante el cual las aguas vacilaron acerca de la dirección que habían de seguir, y en efecto, al Este y al Oeste de Castelnaudary hay vestigios de estanques, capas de arena y gravas casi á flor de tierra que denotan una antigua estancación; sin embargo, la victoria definitiva fué para la vertiente oriental, siendo probable que la influencia del nivel de base del Mediterráneo, tan cercano, hiciera retroceder poco á poco hasta el punto actual la línea de separación de las aguas. Al pie de bloques de almendrillas, conocidos desde hace mucho tiempo con el nombre de Piedras de Naurouze, se encuentra actualmente, á 190 metros de altitud, el saetín de distribución adonde iba á parar el

canalizo en que Riquet había recogido las aguas de la Montaña Negra. Nada en el relieve indica un cambio, quedando todavía un intervalo de 800 metros entre las colinas que se alzan unas enfrente de otras. Al Norte no tardamos en ver una meseta de molasa que reemplaza á las colinas de calizas, y el pasadizo, momentáneamente interrumpido, se reconstituye hasta Tolosa.

Este pasadizo, en donde corren uno al lado de otro la vía romana y la carretera real, el canal y el ferrocarril, fué un pasaje de pueblos. Las relaciones entre el Bajo Langüedoc y las campiñas del Toulosain y del Albigeois no se concentraron sin duda estrictamente en este pasaje, sino que por Saint-Pons, Bedarieux y Le Vigan hubo siempre relaciones fundadas en la necesidad de los cambios entre la montaña y la llanura, relaciones pequeñas y de detalle, hijas de la proximidad de contrastes que en el Mediodía desempeñan un papel que es menester tener en cuenta; pero desde Narbona á Tolosa se extiende la gran vía histórica que siguieron los galos tectosagos, los romanos, los visigodos, los árabes, los cruzados de Simón de Montfort, los ingleses del Príncipe Negro y los de 1814. En las primeras cumbres de la Montaña Negra, en las colinas de Saint-Felix y en las eminencias que orlan la llanura, se distinguen desde lejos multitud de burgos ó pequeñas ciudades en otro tiempo fortificadas: son los testigos de las épocas de luchas, los sobrevivientes de una existencia que se extingue y cuyos focos cambian de lugar.

## II

## EL MEDIODÍA PIRENAICO

## CAPÍTULO PRIMERO

## LOS PIRINEOS

Esas dentelladas cimas pirenaicas que desde Carcasona á Orthez limitan, cuando la atmósfera está despejada, el horizonte, parecen, vistas desde lejos, una barrera sin solución de continuidad; pero si se penetra en sus repliegues, lo que parecía un muro se descompone en una serie de zonas que se suceden en disposición longitudinal. Entre el Canigó, que alimenta la vega rosellonense, y el Pico del Midi, de Ossau, última aparición de los granitos hacia el Oeste, desenvuélvese todo un mundo de cadenas calizas y marmóreas interrumpidas ó seguidas de fajas esquistas y graníticas; luego reaparecen las sierras calizas que se extienden en anchas mesetas cortadas por cañones; y por último, mucho más allá, hacia el Sur, preséntanse otras Sierras atravesadas por ríos que abriendo brecha en ellas señalan hacia la llanura del Ebro el fin de los Pirineos. Estos cubren en la parte central un espacio de 140 kilómetros por lo menos, de los que sólo una tercera parte corresponde á la vertiente francesa.

Únicamente en el extremo oriental penetra Francia más adentro, llegando allí hasta el mismo corazón del mundo pirenaico. La gran zona granítica ó zona central que se extiende desde la Cordillera de Carlitte hasta el Mediterráneo, está encerrada entre nuestros valles rosellonenses. Bruscamente cortados por los hundimien-

tos que han formado en su base una llanura baja, los Pirineos, que alcanzan su punto culminante en el Canigó (1), expiran en plena fuerza. Entre las dos regiones que las fracturas han ahondado, el Rosellón y el Ampurdán español, la barrera se reduce á la delgada pantalla de los Alberes, y hasta resulta alterada la misma continuidad de las cadenas, como sucede á menudo en las partes análogamente dislocadas de la Grecia oriental; así vemos que la carretera del Pertús atraviesa la frontera á una altitud sólo de 290 metros.

Bastan, sin embargo, algunas horas de remontar el angosto y resbaladizo valle por donde el Tet se insinúa en el corazón de la cordillera, para alcanzar en Montlouis una de esas grandes mesetas graníticas peculiares á las partes oriental y central de los Pirineos. Parece aquello un zócalo ancho y elevado sobre el cual se levantan, á derecha é izquierda, montañas que se alzan mil metros encima de él; no hay allí ya glaciares, pero las escotaduras semicirculares que cortan las cimas, la multiplicidad de receptáculos, de estanques y de pequeños lagos denuncian su antigua presencia. Estos glaciares han acumulado sobre la meseta granítica escarpas y arrastrado hasta ella aluviones que en parte la cubren y que enmiendan su esterilidad. En estos depósitos movedizos se han establecido cultivos cuya antigüedad se adivinaría, á falta de otras pruebas, con sólo observar cómo el bosque ha desaparecido casi por completo de estas alturas, en donde á trechos se ven oscuras fajas de pinos que indican los sitios de las vertientes en que aquél ha podido conservarse. Burgos formados por varios caseríos, algunos con antiguas fortificaciones, y una villa, Puigcerdá, construída en una escarpa cuyo pie lame el Segre, denotan la existencia de una especie de autonomía cantonal cuyas huellas no ha podido borrar del todo la frontera política. Y en efecto, mientras las invasiones árabes asolaban las llanuras del Ampurdán y del Rosellón, y mientras éstas servían durante dos siglos de campo de batalla entre los francos y los infieles, la Cerdeña se libraba de las devastaciones; y así como la población del llano, en la época de la reconquista, se renovó enteramente, allá arriba había un refugio en donde subsistió con sus costumbres, sus instituciones y sus relaciones propias. Estos antiguos usos no se han mantenido en toda su integridad, siendo raros los cantones que, como Andorra, han podido por casualidad conservar una autonomía política. De todos modos, las diferencias entre Cerdeña y Rosellón, entre la montaña y el llano, son todavía bastante marcadas para que se perciba el contraste que una diferencia de altitud de algo más de un millar de metros puede establecer entre los destinos históricos de países vecinos.

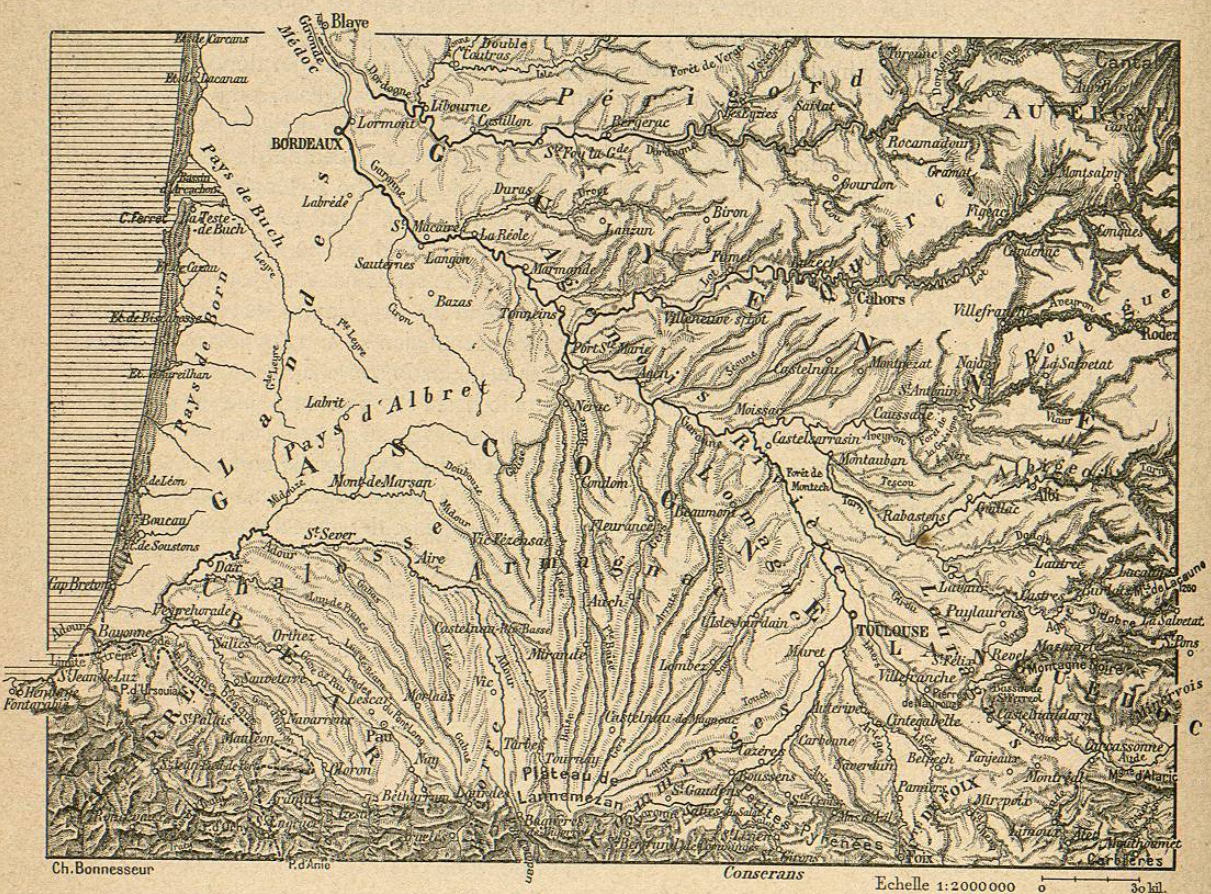
Estos cantones montañosos se agrupan principalmente en la zona en donde los altos valles confinan con los pasturajes. Hacia las fuentes del Garona y del Gave de Pau, como hacia las del Aude y del Ariège, se extienden anchos espacios, á los que en verano se encaminan carneros y pastores y que se llaman *pasquiers*, *pla*, *calms*, *estiba*, nombres cuya misma diversidad atestigüa el puesto importante que ocupan en la vida montañesa. Los pasturajes del Carlitte adonde iban todos los años, en el siglo XVIII, millares de carneros

(1) Canigó, 2.785 metros.



procedentes del valle del Segre, confinan con la Cerdaña y con el Capcir; los del Pla de Beret con el Valle de Arán; y las *estives* cercanas al Mont-Perdu se comunican con el grupo de los valles de Baresges. En todos estos puntos se reunían en determinadas fechas los montañeses para celebrar fiestas en alguna capilla. Para explotar esas dehesas comunales fué preciso concertarse, constituir asociaciones ó veedurías entre los cantones limítrofes que dan acceso á estos sitios elevados, no

Desde estas partes elevadas de la montaña, los ríos, sobre todo los de la vertiente septentrional, se precipitan por una serie alternada de gargantas y de cuencas: los barrancos cubiertos de árboles por donde el Aude desciende del Capcir eran en otro tiempo infranqueables; los lagos escalonados del valle de Oo, la «calle del infierno» del valle del Lys, los torrentes entre Gavarnie y Gedre, dicen cuán abrupta es la vertiente francesa; y la humedad creciente del clima hacia el Oeste, la pro-



EL MEDIODÍA PIRENAICO Y OCEÁNICO

La Cordillera central, prolongada por los granitos del Rouergue, tropieza por una falla bien marcada en el relieve (hacia Villefranche) con las calizas jurásicas del Quercy. Al Sur del Garona, los restos arrancados de los Pirineos amontonanse al pie de éstos formando anchos taludes y luego se extienden en forma de arenas en las Landas, en donde se alzan las dunas de diferentes épocas, las más recientes de las cuales orlan el litoral y dificultan la salida de las aguas.

siendo para esto de ninguna utilidad práctica la distinción entre vertientes, puesto que los pasturajes existen indistintamente en ambas laderas. Ignórase á qué fecha se remontan esos tratados de *lies et passeries* que se practicaban en el siglo XVI entre nuestros valles del Ariège y el Valle de Arán español y otros puntos, además; los tales tratados eran convenios valederos aun en tiempo de guerra, y su objeto era asegurar la práctica regular de la economía montañesa. En los viejos escritos locales vemos repetida á menudo la acusación de que á veces esos montañeses, distribuidos entre España y Francia, pero unidos por intereses comunes, se entendían entre sí mejor que con los habitantes del llano; mas esto no debe extrañarnos, ya que en los Pirineos, como en los Alpes, las necesidades de la vida pastoril protestan con frecuencia contra las separaciones artificiosas introducidas por la política inspirada en una geografía falsa.

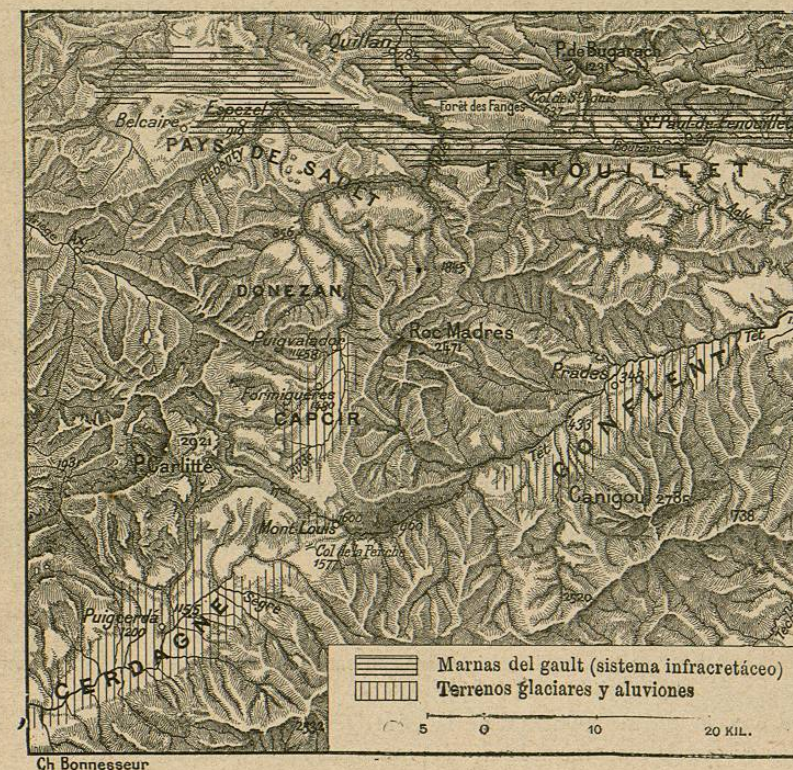
ximidad de la llanura y la frecuencia de intercalaciones de diversas rocas, todo conspira á exagerar la irregularidad del perfil seguido por los ríos.

Estas comarcas, sin embargo, no comunicaban entre sí por los agrestes desfiladeros en los que tan á duras penas han logrado abrirse paso nuestras modernas carreteras, sino por los medios tradicionales de las regiones montañosas, es decir, por los senderos que siguen las alturas y que todavía frecuentan el acemilero ó el pastor de Aragón y de Navarra. El papel que en la montaña desempeñan estos senderos es más importante de lo que generalmente creemos los que, acostumbrados al llano, miramos con demasiado desdén esa red creada por los montañeses para su propio uso. Los *puertos* ó pasajes son numerosos, incluso en la parte central, no bajando de veinte los que hay entre el Conserans (valle del Salat) y los altos valles aragoneses. Por estas vías circula la vida en lo más espeso de la montaña y aun

se desborda fuera, puesto que por ellas se dirigen en las estaciones propicias los ganaderos á las ferias y mercados establecidos en los confines de la llanura. Las relaciones más frecuentes y más naturales son, sin embargo, las que existen entre altos valles sin distinción de vertientes: el Capcir, inmediato á las fuentes del Aude, tiene más relaciones que con el curso inferior de éste con la Cerdaña, en donde están situadas las fuentes del Segre; y las relaciones de Gavarnie con los altos valles

dero de la montaña ha llegado á ser una línea urbana en la cual se han establecido ciudades para efectuar las transacciones y poseer la llave de los pasajes (1).

Aquí, como al pie de los Alpes, la posesión de las principales avenidas transversales fué el eje del poder político: el condado de Barcelona debió su fuerza á la posesión de los pasajes al través de los Pirineos orientales, y el conde de Foix dominaba por el collado de Puymorens los senderos por donde se iba al célebre



DISPOSICIÓN ESCALONADA DE LAS COMARCAS PIRENAICAS

Los depósitos movedizos que los antiguos glaciares acumularon en la cordillera granítica de donde parten en distintas direcciones el Aude, el Tet y el Segre, han permitido á los habitantes de la misma desarrollar cultivos y agruparse en comarcas (Cerdaña, Capcir) unidas entre sí por antiguos senderos de transhumancia. Debajo se escalonan el Donezan (1.300 metros), en relación con el alto valle del Ariège, y el Conflent al pie del Canigou. Después, un sinclinal de suelo margoso y disgregado por las aguas que se abre entre dos murallas calizas, circunscribe, al Este del Aude, el valle de Fenouillet y al Oeste los pasturajes del Pays de Sault. El Aude, que ha atravesado por agrestes gargantas las diversas zonas pirenaicas, sale de éstas por la cuenca de Quillan, apareciendo allí la naturaleza mediterránea.

aragoneses, aunque menos activas que en otro tiempo, subsisten todavía.

La fachada, surcada por valles profundos que los Pirineos inclinan hacia Francia, desciende en 30 ó 40 kilómetros al nivel del llano: en Foix (454 metros), en Tarbes (312), en Pau (207), el llano entra en comunicación directa con la montaña y se convierte en un *Piamonte* en el verdadero sentido de la palabra. El borde de la cordillera se anuncia generalmente por una muralla empinada de roca caliza y mármorea que los ríos atraviesan abriendo brechas; y esta línea de contacto entre la montaña y el llano fué desde muy antiguo observada y buscada por los hombres, de suerte que son numerosas las huellas de poblaciones prehistóricas que en ella se encuentran. En Bedeillac, cerca de Tarascón-sur-Ariège, en el Mas d'Azil, en Izeste, á la entrada del valle de Ossau, varias cavernas conservan señales de la presencia y de la actividad del hombre. Este mismo lin-

santuario que desde lejos señalan sus rojas rocas extrañamente cortadas, el Montserrat de Cataluña. En el punto en donde la vieja vía romana procedente de España por el Somport encontraba el primer gran valle, establecióse la antigua *Beneharnum*, Lescar, núcleo del Bearn. Y por último, el reino de Navarra se engrandeció á ambos lados del pasaje de Roncesvalles, camino durante mucho tiempo seguido, con exclusión de todo otro, por los peregrinos que se dirigían á Santiago de Compostela.

Varios pequeños Estados pirenaicos nacieron, se desarrollaron y desaparecieron; al decir esto no nos referimos á esos cantones montañosos cuya autonomía, cuando por casualidad subsiste, parece un olvido de la historia, sino de verdaderos Estados políticos fundados en una combinación de la montaña y del llano. Entre ellos

(1) Foix, Saint-Girons, Lourdes, etc.